

CARTA DEL DR. CLAUDIO DELGADO AL DR. CARLOS
J. FINLAY FELICITÁNDOLO POR SU TRIUNFO

Gijón, 26 de enero de 1901.

Sr. Dr. Carlos Finlay,
Habana.

Queridísimo amigo mío:

Rebosando de emoción gratísima he leído la bondadosa epístola con que quiso Ud. favorecerme para darme cuenta de los éxitos alcanzados recientemente por la teoría del mosquito en la transmisión de la Fiebre Amarilla, ideada por Ud. con el clarividente acierto, y con tanta convicción como firmeza defendida años tras años, contra la indiferencia, el desdén y hasta la burla de muchos de nuestros más esclarecidos colegas.

Loado sea Dios, que le ha permitido a Ud. asistir a la apoteosis de su benemérita labor.

Mucho habría gozado mi espíritu si hubiese tenido la dicha de figurar entre los obsequiantes, en esa solemne fiesta médica celebrada en honor de Ud. y coronada por el espontáneo aplauso de todos los concurrentes, entre los cuales me complace mucho notar, algunos de nuestros más apasionados impugnadores de ayer, que, seguramente, serán hoy adeptos convencidos de las doctrinas ahora felizmente comprobadas por la Comisión americana.

El triunfo de la verdad científica por Ud. sustentada, el premio concedido a la fe y perseverancia con que prosiguió Ud. a través de mil escollos, la difícil tarea de penetrar los arcanos de la Fiebre Amarilla y de esclarecer problemas tenidos durante mucho tiempo insondables, crea Ud., mi buen amigo, que me ha llenado de regocijo y, desde este rincón

del viejo continente, le envió un entusiasta saludo, y, desde aquí, unos humildes plácemes a los valiosísimos cuanto calurosos que le fueron otorgados por propios y extraños en la memorable noche del 22 de Diciembre último, discerniéndole la palma de la victoria.

De hallarme yo presente en aquel acto, en aquella festividad consoladora, consagrada a la más nobles y cariñosas expansiones del alma, (si bien se tomase como pretexto las expansiones del estómago), nadie mejor que yo hubiese podido rendir un sincero homenaje de admiración al héroe de la jornada, a mi querido Carlos Finlay; porque nadie mejor que yo pude ser testigo de sus esfuerzos y afanes ni aquilatar las superiores cualidades de investigador profundo y concienzudo que en él culminan,



DR. CLAUDIO DELGADO

Ilustre médico español, Bel amigo y colaborador de Finlay.

si bien el genio y la virtud se ocupan difícilmente aun cuando quiera cubrirse con el manto de adorable modestia, como le ocurre al amigo a quien aludo.

Sí, amigo mío, aunque esto le desagrada, tolere Ud. en gracia a la distancia que nos separa, que yo entone este cántico de alabanza en su loor, para satisfacer de este modo los impulsos de mi corazón, que tanto tiene que amar en esa tierra cubana, donde se deslizaron los más y los mejores años de mi existencia, al calor de afectos tan dulces, tan arraigados y cordiales como el que Ud. me dispensa.

Ha sido Ud. verdaderamente el Cristo de la doctrina redentora de la Fiebre Amarilla y no le faltaron doctores y fariseos detractores ni las persecuciones de la envidia, ni la befa y escarnio de vanos cuanto pretenciosos charlatanes (testigo el doctor Gibier), ni los azotes y espinas

de acerba crítica, ni la hiel y vinagre de enfadosas controversias llevadas fuera del terreno científico; en fin, todo un calvario que supo Ud. soportar con resignación filosófica, más aun, con evangélica mansedumbre,

alcanzando yo el honor de ser, junto a Ud., a veces el Cirineo de esta Pasión y siempre el discípulo consecuente, tan adicto a la doctrina como a la persona del Maestro.

Plugo al fin a la Providencia Divina que sonara la hora del *Resurrexit* y entonces, ofrecese a la contemplación del mundo la simpática personalidad del Dr. Finlay glorificada cual se merece, rodeada de todos los prestigios conquistados en humanidad, envuelta en esplendoroso nimbo de luz, cuyos destellos radiantes hieren la vista de los incrédulos de ayer. Bien tributado está ese honor a quien inventó la afortunada teoría del Culex, a quien con su inteligencia esclarecida y sus bien dirigidas energías pudo, en colaboración con dicho díptero, descubrir una verdad de tanta trascendencia, una verdad que hoy los sabios extranjeros proclaman y aceptan como base positiva de ulteriores adelantos para la profilaxia del más temible azote de los extranjeros en las Antillas.

No tengo palabras con que expresarle mi agradecimiento, por el testimonio de consideración y cariño que Ud. me ha consagrado al recordar y evocar, en ese día fausto de la glorificación de su obra, mi insignificante persona, por el pobre concurso que me fue dado prestarle en las investigaciones científicas a quien benévolamente quiso Ud. asociarme desde sus comienzos. Conozco de sobra toda la fineza de sus sentimientos, para adivinar lo que en aquellos momentos de suprema satisfacción pasaría por su alma, y estoy íntimamente persuadido de cuánto le hubiese agradado a Ud. que yo participase de sus alegrías. Pero cuando así no ha sucedido, es, con toda evidencia, porque *no debía* ser de otro modo; por tanto, mi buen amigo, habremos de conformarnos con los providenciales designios, siempre acertados y justos.

Sírvase comunicar al Dr. Pedro Albarrán, lo mucho que estimo y le agradezco el recado afectuoso que, en aquellos placenteros instantes del banquete, tuvo a bien transmitirle para mí, acreditando con ello su carácter siempre bondadoso y consecuente. Yo le correspondo gustoso, profesándole una amistad sincera, y todo el aprecio de que él es digno.

Con vivo interés y suma complacencia he saboreado el contenido de los recortes de la Prensa habanera que Ud. me incluye.

El de "La Lucha" con mucho *fufú* y *poco ñame-ñame*, escrito en ese chispeante argot, peculiar del Conde KOSTIA (título que ha debido venir muy a menos con la transformación política de Cuba). Plácenme los encomios que hace del descubrimiento y del descubridor, pero sen-

tarían mucho mejor en opinión mía, despojados de la hueca y *candorosa* patriotería que en el fondo de ellos palpita: quizás haya creído su autor que así lo exigían las circunstancias actuales.

Más sobrio pero sustancioso y serio encuentra el artículo dedicado a la descripción de la fiesta gastronómica-científica por "La Discusión". Su lectura ha cautivado mi atención y sobre todo el discurso del doctor Guiteras, con el sencillo e ingenioso relato de los experimentos realizados por la Comisión americana y la comprobación indubitable de la teoría del *Culex* mosquito; haciéndome sentir una satisfacción indescriptible, la exposición discreta de los hechos observados con criterio imparcial.

Y nada digo del gusto que me ha dado la prolija relación que condene su carta de Ud., sin dejar de lamentar de que fuese víctima de un tan improvisado experimento como el del doctor Lazear, éste profesor que, por lo visto, fue el caso que *medio* convenció a nuestro amigo el impugnado doctor Sternberg, de la verdad de que los mosquitos podían recoger en los enfermos de la Fiebre Amarilla (no en la superficie cutánea) algo que fuese susceptible de transmitir dicha enfermedad.

Por lo demás, observo que si, con más abundancia de recursos que nosotros, han podido los Comisionados americanos variar ingeniosamente los ensayos, poco o nada añaden, bajo el punto de vista de los elementos de convicción, a los datos que tuvimos ocasión de recoger en la crecida serie de inoculaciones practicadas en individuos cuya historia nos fue dado conseguir por espacio de años enteros. De ellos hicimos méritos en ocasiones varias, y recuerdo muy bien que, en la información médica abierta por los americanos sobre la Fiebre Amarilla, entre los profesores de la Habana, tanto Ud. como yo, en nuestros respectivos informes publicados en la "Crónica Médico-Quirúrgica", al tratar de los medios preservativos, hablabamos de la inoculación preventiva por medio del *Culex* mosquito.

Ahora es de esperar que, con nuevo ardor y en esfera de acción mucho más amplia, se prosiga seriamente el estudio de tantos y tantos otros problemas de interés vital como extraña la enunciada enfermedad. Por de pronto como la aplicación más útil y práctica del conocimiento adquirido estriba en la profilaxia de las inoculaciones, ya se verá el modo de generalizar estas, aunque sea con las modestias inherentes a la caza, conservación, etc. del díptero.

Cuando se descubra el *por qué* de este medio preventivo y se sepa cual sea *en realidad* el micro-organismo productor de la enfermedad de

que tratamos, entonces será fácil estudiar la interesante cuestión de sus toxinas y la manera de obrar de las mismas, ya como elemento patógeno, ya como profiláctico. Porque si resultase bien comprobada que en la mayor distancia entre la primera contaminación del mosquito y la inoculación, entonces habrá que creer que probablemente no es la acción directa del microorganismo, sino el de sus toxinas el agente infeccioso.

Celebro que se halle Ud. en correspondencia con el doctor Sanarelli (cuyos pretendidos descubrimientos yo no sé que hasta ahora hayan servido para sanar a nadie de la Fiebre Amarilla). El ha experimentado las toxinas de su bacilo, que seguramente no es otro que el *coli* cuyo polimorfismo y su *facultatividad* anaerobia le hacen muy apto para despistar a cualquier experimentador. Bien dice Ud. que su teoría sobre la infección homo-gástrica secundaria de la Fiebre Amarilla, viene a ofrecer a dicho profesor una buena tabla de salvación para el bacilo que tanto ruido ha metido en las regiones científicas de América y Europa.

Pídeme Ud. noticias de mis propios experimentos en mi nueva esfera de acción y con relación de ellos le diré: que en el transcurso de dos meses recorrí media Europa (la mayor parte de Francia, Bélgica, Alemania e Inglaterra) para estudiar lo más importante de la industria vidriera en general, sin dejar de visitar, por supuesto, las maravillas que encerraba en todas las manifestaciones del saber humano, la grandiosa Exposición Universal de París.

Con el caudal de conocimientos recogidos en ese viaje, hecho en compañía de dos comisionados más, pude confeccionar una interesante Memoria, que ha servido para encaminar la instalación, en vasta escala, de una fábrica de vidriería que abarca todos los ramos de esta industria, y al presente estamos en vías de eregir las construcciones necesarias para ver si se inauguran algunos de esos ramos el mes de Octubre o Noviembre de este año. También tenemos muy adelantadas las obras para una fábrica de harinas capaz de moler 40,000 kilos diarios de trigo, fábrica montada a la altura de las mejores de su clase, pues casi todo el trabajo se realiza automáticamente.

Hasta ahora todo marchaba bien, pero recientemente ha ocurrido una huelga de obreros y los patronos confederados para defenderse contra las exigencias de los obreros agremiados, acordaron paralizar en absoluto todos los trabajos de sus fábricas y talleres; aquí nos tiene Ud. sufriendo las consecuencias de semejante colisión, sin que sepamos cuándo ni cómo se arreglará este litigio perturbador. Mientras tanto esta Provincia ha

sido declarada en estado de guerra, para evitar temibles alteraciones del orden público, siguiendo el tan conocido *si vis pacem bellum*.

Toda mi familia disfruta de excelente salud, pero sobre todo a quien le ha convenido muchísimo el trasplante, según podrá imaginar, es a Abelardo, cuyo estado anémico me inquieta bastante, bastante, aun cuando no me atreviese a decirlo. Así que la permanencia aquí por ahora, me complace más que nada por el niño, que va aprovechando los efectos del clima tónico para su desarrollo y aumento y vigorización de las *hematíes*.

El bueno de nuestro común amigo Prendes y su esposa, que siempre le recuerdan a Ud. con afecto vehemente, le agradecen infinito sus memorias y se las devuelven impregnadas de cariño que Ud. les inspira. Crea el doctor Prendes ha gozado tanto como yo mismo con la noticia de sus triunfos y se asocia a los parabienes sinceros que yo le dirijo.

Y ahora que del doctor Prendes hablo le diré que él me puso en relación con el eminente doctor Federico Rubio, a quien tuve el gusto de conocer y saludar aquí. Díjome ser conocedor de nuestros trabajos e hizome justos elogios de la reputación que tiene Ud. conquistada, recomendándole con insistencia que le transmitiese sus recuerdos junto con el testimonio de lo mucho que le distingue.

Si Ud. quisiese enviarle cualquier trabajito para su Revista Médica, que es una publicación bien redactada en la cual colaboran profesores de gran nota, de seguro la estimaría mucho el doctor Rubio. Cuando mis demás ocupaciones permitan vagar mi espíritu, veré si dedico alguna elucubración científica para la Revista. Hasta ahora no me he dado a conocer en público como médico pero pienso inscribirme pronto en el Colegio Médico de esta Villa pues, en ello tiene empeño el doctor Prendes.

Que tan buena como fue para Ud. la despedida de año y siglo, sea la continuación del nuevo: que prospere Charles en consideración profesional; que a todos les alcancen los favores de la fortuna hasta donde les convenga; que tanto Adela como Ud. logren el colmo de sus mayores deseos y satisfacciones, es cuanto así Lola como yo les deseamos y, entre tanto quiere Ud. secundar sus gratisimas epístolas, le envía un estrecho abrazo su devoto amigo,

C. DELGADO.